

Muchas gracias, amigo Manuel por tu presentación. Creo que son palabras que no merezco. Ciertamente no me equivoqué al elegirte como presentador siguiendo el consejo de un buen amigo, ya que en tu persona va representado también todo el Grupo Joven, y en tus palabras de cariño sé que va un poquito el corazón de todos. Gracias de nuevo, que el Señor de la Coronación te bendiga y la Virgen de la Merced te acompañe siempre.

Cuando recibí la llamada de Manuel Valera anunciándome que había sido elegido para ser el pregonero de este año, enseguida acepté, pero cuando colgué el teléfono y me di cuenta de lo que había aceptado afloraron entonces los miedos y nervios. Primero por no ser merecedor de tal distinción y segundo porque en una hermandad tan llena de artistas por todos lados, tan llena de buenos pregoneros, maestros del atril, y que han puesto el listón altísimo, me preguntaba qué podría decir, yo que tengo vértigo y que me dan miedo las alturas, cómo podría alcanzar ese listón, o tan siquiera llegar a la mitad.

Es por eso que comienzo con un protocolo humilde saludando en primer lugar al hermano mayor y a la junta de gobierno de mi querida hermandad de la Merced, al señor párroco de San Antonio de Padua, a todas las autoridades presentes y a todas las representaciones de varias hermandades invitadas, a los hermanos de la Cruz Blanca, a mi madre, que me parió costalero, a mi hermano Alberto y a mis titos, cofrades por la gracia de Dios, a mi querido Grupo Joven de la Hermandad, mis niños del mi alma, a quienes dedico este pregón, así como a todos y cada uno de ustedes que habéis venido por Ella.

Podría haber hecho un protocolo más elaborado, pero cuando todos estamos en presencia de la Reina del Mundo, nuestros títulos quedan invalidados, permaneciendo todos en el único título que de verdad importa a los ojos de Dios, el ser hijos de la Merced.

De esta manera, Madre mía, me presento hoy ante ti, cargado de dudas, de nervios, de inseguridad, recordando aquella primera misa en la que me presentaron a tu parroquia, en una de tus sabatinas, donde yo entraba nervioso hacia el altar y allí, majestuosa, me esperabas tú. Y desde entonces en esta hermandad se sucedieron esas particulares mentiras, que ya un día revelé y que sin ser pecado llenan de vida a quien las experimenta. Y la primera fue descubrir que siendo tú mercedaria, que se supone que viniste a liberar del cautiverio, me dejaras al contrario cautivo

de tu belleza, esclavo de tus hijos mercedarios, encadenado de amor a una juventud que lleva tu nombre por bandera.

Y yo encarando el altar
hacia ti caminaba
mientras mi corazón descubría
tu blancura mercedaria
y la belleza de tu rostro
que pronto me cautivaba
y me hacía proclamar:
qué guapa eres, qué guapa.
Y comenzó mi primera misa
que a ti estaba dedicada
mientras mi corazón solo quería
poder voltear la cara
para proclamar de nuevo:
qué guapa eres, qué guapa.
Y desde entonces solo un sueño
en mi mente se fijaba
y era estar siempre contigo
día, noche y madrugada
para decirte sin descanso:
qué guapa eres, qué guapa.
Si es solo el entrar en la iglesia
y como si estuviese encantada
se va el cuerpo a la derecha
hacia tu capillita santa
para llegar pasito a paso
a postrarnos a tus plantas
y decirte con los ojos:
qué guapa eres, qué guapa.
Que me da envidia el pañuelo
que toca tus manos santas
y que enjuga tu rostro
y que seca tus lágrimas,
y envidia del encaje
que rodea tu cara,
porque en ellos puedo ver
qué guapa eres, qué guapa.
Que no te hace falta lujo
para ser reina proclamada
ni cruzar un arco ni un puente

ni esmeraldas verdes ni un ancla
solo la sencillez de un barrio
y pasar por la muralla
para que todo el mundo vea
que en ni en Sevilla ni en Triana
encontré tanta belleza
como la que ante mí se hallaba
cuando hice aquella misa
en San Antonio de Padua
y que enamoró mi corazón
y dejó cautiva mi alma
y que me hace exclamar
cada vez que te veo la cara:
¡qué guapa eres, Merced!,
qué guapa, “*mi arma*”, ¡¡qué guapa!!

Y es así, mi querida Madre, que empecé lo que ha sido mi corta andadura en esta parroquia, intentando buscar en la dulzura de tu cara el contraste a los muchos sinsabores de la vida. Y poco a poco fui conociendo la humildad de tu barrio, las muchas necesidades y los muchos sufrimientos que se ven reflejados en tus lágrimas. Un barrio que te da su corazón para que tú lo arropes con el calor de tu manto, en el que esperan verse liberados de las cadenas con las que esta sociedad se ceba con los más débiles.

Por eso, ¡qué orgullo más grande poder tenerte entre ellos! Mira que entre las miles de advocaciones con las que nombramos tu grandeza, sea precisamente Merced a la que ellos invocan en sus necesidades. Merced, la libertadora, la que rompe las cadenas de los cautivos, la que concede vivir en libertad, y no solo una libertad social, sino también en la libertad de los hijos de Dios, libres del pecado que ata al hombre a su ruina.

Y como un niño pequeñito que hoy conversa con su Madre, con la inocencia que aún añoro recuperar, te pregunto: ¿me cuentas un secreto, Mamá? Cuéntame cosas de antaño, esas historias que me hacen soñar. Cuéntame de nuevo, mamá, la cara que puso San Pedro Nolasco cuando recibió de ti el encargo de fundar la Orden mercedaria ¿Le temblaron mucho las manos? Las cosas que se gasta Dios privilegiando a algunos por su vida de santidad.

Yo, Madre, también cambiaría mi vida, por oír de tus labios amorosos una sola palabra que me invitase a una misión. Y me temblaría todo, hasta rozar la locura, loco de amor por ti, mi Madre buena, Merced de mi corazón. Dime algo, mamá, dime qué misión me encomiendas, hoy

aquí, delante de mis hermanos, dime cómo lo hago lejos de ti. Que sí, que ya lo sé, que siempre estarás conmigo... pero entrar en una parroquia y no ver tu cara...

Cuéntame, Mamá, otra historia, aquella de cuando Buiza plasmó tu cara en la madera. ¡Es que esa es muy buena, Mamá! Cuéntame otra vez cómo posaste celestial y señora, y él te tuvo que imaginar dolorosa y poner cinco lágrimas a la gloria de tu cara. ¿Te acuerdas cuando se le cayó la gubia cuando al tallar tu mirada sentía vergüenza de que le mirases tan cerca? Dame hoy, Madre, un poquito de ese don para poder tallarte en mi corazón y llevarte como en una capilla itinerante. Y cuando terminó tu imagen ¿qué te dijo? ¿se puso de rodillas y te rezó una salve?

Y cuéntame, Mamá, una más, por favor. Mi preferida, esa del lunes santo. Aunque me la has contado mil veces, cuéntamela otra vez. Y ya te dejo tranquila, Mamá, para que tú puedas seguir ayudando a mis hermanos. Esa de cuando la parroquia está revuelta, y tú sin que te vea nadie sonríes en la capilla cuando ves las recogidas de las túnicas, los enseres que van y que vienen, limpiametales por aquí, por allá... ¡si parece que estamos de mudanza! Y es cierto que estamos de mudanza, porque queremos mudar nuestro corazón. Y ves impaciente cómo ensayan tus hijos costaleros... que una vez estaba yo escondido y te escuché decir bajito: “que se preparen bien que este lunes santo...”. Pero dime la verdad, Mamá, ¿verdad que no son hombres? Sí, te he descubierto, parecen hombres pero no lo son. No sé cómo lo has hecho para quitarles por unos días sus alas a tantos ángeles. Pero sí, me he dado cuenta. Y es que se ve el truco... y si no... ¿cómo es posible que hombres sencillos te lleven así? ¿No te has fijado que en las levántas no saltan sino que vuelan? ¿No te has fijado que en sus caras en vez de dolor se refleja una sonrisa de amor a ti? ¡Son ángeles! ¡Ángeles costaleros! ¿Y sus capataces...? ¿Por qué en vez de mandar el paso van diciendo poesía? ¿Por qué cada orden que dan, en vez de con un imperativo categórico suena con música celeste? ¿Por qué van sonrientes si se supone que su cuadrilla va sufriendo? Venga, Mamá, no me engañes más... que ya sé que son ángeles. Por eso te pones nerviosa cuando para el Viernes de Dolores te suben en tu paso, y esperas impaciente a la noche para presentarte a tu pueblo. Y miras de reojo a tu hijo que te sonrío y te dice: Llegó la hora. Y se llena el salón de incienso, y escuchas el murmullo del pueblo afuera mientras viene la banda... Y eso que es solo el Viernes de Dolores...que cuando llega el Lunes Santo...

...te pones en tu paso
tan graciosa y esbelta
que las flores que te acompañan
sienten envidia de tu belleza

y van saliendo tus nazarenos
algunos con infantil inocencia
que se asemeja a la blancura
de sus túnicas nazarenas
mientras llevan caramelitos
en sus pequeñitas cestas
y se llena la calle de capas
y tu pueblo se revuela
y ves como avanza tu hijo
que con corona de espinas reina
y así esperas tu turno
y tu barrio también te espera.
Aprieta fuerte el rosario
y el pañuelo de pureza
que ya viene tu cuadrilla
y este año viene con fuerzas
y te miran a los ojos
y antes de meterse te rezan
y se santiguan emocionados
y se ponen en las trabajaderas
y ya está oliendo el incienso
y la banda ya está presta
y tu pueblo expectante
en la puerta ya te espera
y salen los últimos tramos
y la parroquia vacía queda
y ya estás tú, Señora,
Majestuosa, mi Reina,
en la tarde del Lunes Santo
con la que mi corazón sueña
para ver ya en la calle
a la mercedaria más buena,
la de la mirada profunda,
la de las manos tiernas,
la de los labios amorosos,
la de la cara morena,
la Reina de los Ángeles,
del Universo y de la tierra,
la misma Madre de Dios,
de entre todas la más bella,
por eso toca el martillo, Pepe,
que en Córdoba quedará su huella,

que van a salir los mercedarios,
que se van al Cielo... ¡Al Cielo con Ella!

Y cuántas cosas, Madre mía, tengo que aprender cada día de ti. De esa valentía tuya de adolescente que supo decir que sí a un proyecto divino que te hacía Madre del Mesías esperado de todos los tiempos. ¿Por qué a veces somos los creyentes tan cobardes que no dejamos nuestras vidas en las manos de Dios? Muchas veces queremos entender su voluntad, saber cómo se hará posible, sin dejar paso a su omnipotencia, sin dejar hueco en nuestro corazón al Espíritu Santo que obra lo imposible. Y así nos va, Madre, cuando queremos razonar la fe, cuando queremos que Dios se ajuste a nuestra voluntad, como si fuera nuestro secretario personal. ¿Te imaginas, Madre, cómo sería el mundo si Dios me hiciese caso? Y aún me creo que yo lo haría mejor...

Sin embargo tú, aún no comprendiendo que sin concurso de varón engendraras en tu seno, te hiciste caso del anuncio del arcángel san Gabriel, y no solo eso, sino esclava de aquel que engendraste en tu vientre. Curiosa paradoja... una libertadora esclava... Pero esa obediencia te dio el título más alto, si bien no eres divina, porque ese rango pertenece sólo a la Santísima Trinidad, sí que eres Santa entre las santas. Así ya lo proclamaste cuando al visitar a tu prima Isabel dijiste: *desde ahora me felicitarán todas las generaciones porque el Poderoso ha hecho obras grandes en mí*. Y cuántas veces puedo ver en evangelio que todo aquello que no entendías lo guardabas en tu corazón. Porque sabías bien quién era tu hijo. Y yo que también lo sé, ¡qué tonto soy cuando no me fío de Él! Y cuando no entiendo algo quiero explicaciones ya, o lo considero una injusticia. Qué desfachatez, Madre, la mía... yo hablándote de injusticias... a ti, con lo que pasaste tú en Nazaret cuando la gente se burlaba de ti diciéndote de todo por tu embarazo, o cuando llegaste a Belén y no encontrabas posada... ¡que venía el Rey de los Cielos! Y lo tuviste que poner en un pesebre. Eso, Madre, sí que es una injusticia. O el ver morir a tu hijo como murió. La mayor injusticia que se ha cometido en la humanidad. No es que los hombres se maten ya entre sí, sino... matar al mismo Dios. Y encima te vengo yo a hablar de injusticias... porque me ha pasado esto o lo otro, porque mis planes no han salido como quería... Pues ya sé lo que tengo que hacer, ni más ni menos que lo que tú me has enseñado: guardarlo en mi corazón y aceptar la voluntad de Dios, sabiendo que Él sí que hace las cosas bien, y aunque no son mis planes sí son los mejores.

Y encima, Madre, cuando tuviste tal tesoro en tus brazos, no te lo quedaste para ti. Por eso tengo que aprender de tu generosidad. Porque nos lo diste a nosotros. Tú con tu gran bondad nos hiciste a los creyentes el

mejor regalo que podríamos tener. Ya desde el pesebre tu misión fue mostrar al mundo a tu Hijo, el amado del Padre, el bendito fruto de tu seno.

Por eso, gracias Madre,
por hacernos tal regalo,
de decir sí al Señor
y en tu seno engendrarlo.
Y sabiendo el Padre bueno
de mis debilidades de humano
para que no sintiera nostalgia
de la cara oscura de mi Gitano
me dio un Dios moreno
en el Zumbacón coronado.
Y yo lo pude ver andar
reinando sobre su paso
que no es un paso de oro
sino un barco dorado
porque de oro son los corazones
de los hombres que van debajo
que ceñidos de costal
y con la faja apretados
se convierten en los reyes
del glorioso lunes santo
entregando el alma a su Cristo
con los sones acompasados
de una banda que lleva su nombre
y que cumple aniversario,
esa novena trabajadera
que detrás le va rezando
con tambores y cornetas
y que a todos van enseñando
cómo se toca en el cielo
cuando se toca detrás de un paso.
Y pude ver, Madre mía,
a tu Hijo caminando,
aquel que derrocha fortaleza,
aquel que arranca los aplausos;
ese que el domingo de ramos
entró en una borriquilla,
ahora va sentado
en un pedestal que le humilla,
aquel que puso en pie

y dejó en silencio a las Tendillas,
aquel que enamoró
a un cura de Sevilla,
aquel que llenó San Zoilo
de grandeza y Gloria divina
y pasó por la estrechez
y de verdad que no cabía
y yo quería ir debajo
y debajo ya no podía
y me uní a esa chicotá
escuchando el jadeo de su cuadrilla
que es otra forma de rezar
sudando agua bendita.
Aquel Hijo, Madre mía,
del que el villancico ya decía
que del color de su cara
las fuentes tienen envidia
y se ve en la frente de mi Dios,
una corona de espinas,
el fruto bendito de tu seno,
al que los ángeles rinden adoración
y que tú siempre nos muestras
para calmar nuestro dolor,
el que mira hacia el cielo
elevando una oración,
el que en sus espaldas lleva
de los pecados el perdón,
el que con una caña reina
los más hondo del corazón,
el que a sus pies recibe
a su barrio con amor,
el de las manos portentosas
que espera mi conversión,
el gran regalo que nos hiciste, Madre,
para nuestra mayor devoción,
el Humilde del lunes santo,
el Dios moreno del Zumbacón,
y que vive aquí en mi barrio
y se llama Coronación.

Y con la celebración del nacimiento de tu hijo bendito comencé el fuerte contacto con tu gente, sobre todo con tu juventud que ponía el

pesebre en la iglesia para recordar a todos el comienzo de nuestra salvación. Y con ellos, con tus jóvenes, con mis niños de mi alma, pude descubrir, Madre mía, la gran devoción que por ti siente tu pueblo, la veneración especial que hacia ti profesan, esa particular forma de amarte que hacía ilusionarme con poner en práctica la formación sacerdotal que recibí. Sí, Merced, yo fui formado bajo el fruto de la reforma del Concilio Vaticano II, en el que se ponía de manifiesto la reforma del espacio litúrgico, en la que se reserva una capilla especial para el sagrario, la cual debe estar aparte del altar mayor, siempre que el templo lo disponga. Y yo soñaba con hacer un pequeño cambio, para ajustarme a mi formación y a esa renovación. Tú por el sagrario. Y dime si no sería bonito, Madre, tener una capilla sacramental como mandan los cánones, en la que esté tu Hijo en las dos formas en que lo adoramos, en la portentosa imagen que tallara Buiza y a sus pies el sagrario con la Hostia consagrada, tu hijo en imagen y en sacramento. Y tú, pues en el sitio que te corresponde. Como capitana de esta parroquia en el sitio donde se gobierna a tu pueblo, en el altar mayor, reinando y llenándolo todo de tu majestad sobre un fondo rojo mercedario, que haría que nuestras miradas y corazones se volcasen hacia ti. Tú en el altar mayor, tú en el altar mayor... tú...

Pero no solamente ese era mi sueño, que también me corría por la mente la ilusión de la que tus propios hijos me hicieron partícipes, y es esa de alargar tu nombre, ponerle como un apellido, fruto del colofón amoroso de tu pueblo. Un apellido que vendría con tornas de corona, ya me entiendes, Madre... Merced Coronada. ¿Verdad que suena bien? Déjame pronunciarlo otra vez, porque es que hasta la boca se llena cuando se dicen esas palabras: Merced Coronada... ¡Merced Coronada y en el altar mayor!! Qué lástima, Madre mía, cuando las nuevas generaciones y la nueva formación quedan relegadas bajo la incomprensión a la más absoluta anulación.

Por eso con dos penitas me voy, Madre,
que a mí me llenan de dolor
y es no haberte dado una chicotá
ni haberte dejado en el altar mayor.

Pero aun así, Madre, te llevo en el altar de mi corazón, con todas las vivencias que junto a tus hijos viví. El cariño con que cuidan tu capilla, el primor que dan a tus enseres, con el trato de una verdadera reina, el altar de tu besamanos, toda una iglesia para ti, la salida del lunes santo... ¡ay la salida! Qué aluvión de sensaciones, cuántos momentos de éxtasis, sobre todo en el Colodro y en la Cruz Blanca.

Yo en el Colodro
no me podía explicar
cómo esas hermanas
ni siquiera se voltearon
para poder verte la cara.
Y les quería preguntar
¿Cuál es el truco de magia
para tener a la Virgen delante
y no querer verle la cara?
¿Cómo podéis aguantar
rezando arrodilladas
teniéndola en vuestra puerta
sin querer verle la cara?
¿Es acaso en el rosario
que de la aurora le llaman
cuando la tenéis entre vosotras
y le habláis con palabras
que os basta para grabarla
en el fondo de vuestras miradas
que cuando llega el lunes santo
y el cielo a la tierra baja
ya no necesitáis voltearos
para querer verle la cara?
Si era yo ante su paso
cuando llevaba una vara
y escuchaba sus bambalinas
al compás de la banda
que tenía que ir cangrejeando
porque ya no aguantaba
dar un paso más
sin poder verle la cara.
Decidme cuál es el truco,
decídmelo, hermanas santas,
que tengo que pasar mucho tiempo
en otro destino y a la distancia
amando a mi Merced
sin poder verle la cara.
¿Es acaso la blancura
de esa Hostia inmaculada
en la que está su Hijo bendito,
cual sacramento e iluminaria

la que os da la serenidad
y la fuerza necesaria
para tenerla allí delante
y no querer verle la cara?
¿O es acaso una penitencia,
y ahí sí que mi boca calla,
para sufrir en vuestras carnes
lo que más desearía el alma
que es llenarse de la belleza
de nuestra Madre mercedaria,
y ofrecéis ese sufrimiento
por tanta gente que a vosotras claman?
Si es así, ole vosotras,
mis queridas hermanas castas
por tal lección de valentía,
de entrega y vida cristiana
de agarrar fuerte el reclinatorio
para poder serenar el alma
cuando la Señora está delante,
majestuosa, reina y guapa,
y permanecer allí de rodillas
sin querer verle la cara.

Y ese silencio, Madre, de tus hijas del Colodro, fue contrarrestado con las voces inocentes de tus niños de la Cruz Blanca. Cuánta pureza en sus ojos y en sus labios, con cuánto amor te gritaban ¡guapa! Con cuánta alegría aplaudían a tu cuadrilla cuando tu palio, Señora, por poco no se mete en su casa. Allí estaban ellos, tus preferidos, esos despreciados de la sociedad porque aparentemente no aportan nada, sin que la sociedad se entere de que son especialistas en aportar el Amor incondicional y sincero que viene de ti. Esos primeros en tu lista, cuyas cadenas tú rompes con soberanía elegante. Madre, cuánta vergüenza sentí en aquel rincón. Tu palio iluminado, tu cara esplendorosa, más morena que nunca. Tu mirada hacia ellos, una mirada que yo no podía encontrar porque mis muchos pecados hacían que se desviara. ¡¡Tu mirada era para ellos!! Para los inocentes, para aquellos que me enseñaron cómo hay que hablarte de verdad, la sinceridad con la que hay que sentirte y decirte ¡guapa! Cuánto he aprendido de ti, Madre, mi Merced. Por eso, concédeme hoy tu mirada, ayúdame a ser humilde, para poder encontrarme con tu favor.

Y es que en tu sola figura se encierra toda una fe cordobesa. Toda la Semana Santa, como un manto que se recoge en tu cintura, se resume

cuando estamos en tu presencia, Merced de mi alma, Reina del Zumbacón, Señora del Lunes Santo. Porque sólo con mentar tu nombre ya nos sirve de **Presentación** para tener todos la sabiduría que en una **Universidad** enseñan.

Y contigo podemos ser **Reyes** cuando con una **Palma** triunfante celebramos la **Victoria** sobre una **Pena** que mil veces nos deja **Desamparados** hasta que recibimos la buena noticia de tu **Concepción**. Y es esta **Encarnación** del **Amor** la que nos deja en **Silencio** cuando ante una **Pena** gitana tú nos llenas de **Esperanza**, enseñándonos el valor de la **Oración** cuando el pecado me deja como a una **Columna Amarrado** encontrando en esa oscuridad una **Candelaria** que ilumina. Y así experimentar la alegría de ser **Rescatado** de tanta **Amargura**.

Y con esa fuerza recibida, gozando de tu **Dulce Nombre**, poder llevar como el Rey de **Reyes** mi **Cruz** mirando al cielo, en el que encontraré esa ansiada **Estrella** que me traiga la **Redención** de una **Sentencia** que por tu **Amparo** de madre, habrá convertido en **Gracia** lo que antes fue un **Viacrucis**. Y así ya sin **Tristezas** anunciaré cuál es el **Remedio** para todas las **Ánimas** que sufren, y sepan que cualquier **Suceso** es **Bueno**, si en los **Dolores** encontramos tu **Caridad**.

Y con los **Ángeles** adorar la **Sangre** que tu hijo derramó en su **Agonía** dándonos así la **Salud**. Y con esa sangre grabar su rostro en nuestros corazones como en la **Santa Faz** y sentir en nosotros la gloria de la **Trinidad**, para terminar así experimentando el **Prendimiento** de nuestro corazón ante tanta **Piedad**. **Piedad** que para nosotros se convierte en **Vida**, en **Dulzura** y en **Nuestra Esperanza** a la sombra de una palmera, el árbol del paraíso.

Y así, Madre mía de la Merced, vivir con **Pasión** el **Amor** que nos trae el **Perdón** que del cielo cae como **Lágrimas** de **Rocío** que riegan nuestro **Calvario**, para que cuando nuestro **Dolor** sea **Mayor**, sepamos esperar con **Humildad** y **Paciencia** a que llegue la **Paz** y la **Esperanza**. Es esa la **Misericordia** de tu hijo que nos hace asociarnos a tus **Lágrimas** para no sentirnos **Desamparados**. ¡Ay! María de la Merced, la Madre del **Nazareno**, la **Nazarena** del Belén, la que en este **Valle** de la vida nos llena de **Esperanza** enseñándonos a vivir con **Fe** cada **Cena** con tu hijo en la Eucaristía. Para que con ello, cada vez que veamos a un hermano **Caído** no le dejemos en **Soledad**, porque en el desprecio a un hermano está el **Mayor Dolor** que se combate con la **Caridad** llenando nuevamente de **Gracia** y **Misericordia** los **Dolores** del que sufre. Y cuando me llegue el momento y

mi alma se sienta de **Angustias Coronada**, concédeme una **Buena Muerte** para que en el cielo pueda cantarte junto a tus **Mártires**.

Madre mía de la Merced, déjame acompañarte en tu **Soledad**, esa que experimentas cada vez que un inocente, por la guerra o por el hambre muere, y en el momento de su **Expiración** rezar en **Silencio** un **Rosario doloroso**, para que su alma encuentre **Clemencia** y ya en sus últimos **Dolores** pueda recibir la **Corona** de su trabajo en la vida, y que en su **Sepulcro**, ante el que solo hay **Desconsuelo**, podamos anunciar con **Alegría** que la muerte ha sido vencida porque tu hijo ha **Resucitado**.

¡Ay, Merced de mi vida!
Reina del Zumbacón,
cuántas riquezas para alabarte
y qué pobre mi pregón.
¿Con qué palabras te piropeo
si ya mi boca enmudeció
y no encuentro por más que busco
ni siquiera una oración
para describir el sentimiento
que tu imagen en mí dejó?
Aquí ya sobran las palabras
y quisiera poder saber
cómo hablar con el silencio
y ese silencio dejarlo ver.
Y al llegar a este punto,
solo me gustaría ser
el puñal de tu pecho
o de tus encajes un alfiler
para escuchar tu corazón de Madre
o tus lágrimas ver caer,
para estar siempre contigo
e impregnarme de tu ser,
para estar siempre cautivo
de tu esencia de mujer,
mi sultana cordobesa,
la niña de Nazaret,
aroma de celestial pureza,
flor del jardín del Edén,
Señora y Madre nuestra,
columna de nuestra Fe,

fuelle del agua viva
en la que calmo mi sed,
el mejor regalo que nos hizo
desde la cruz el Enmanuel,
eres mi vida y mi alegría,
eres mi fuerza y mi poder,
eres la reina de un barrio,
que sin ti no sabe ser,
la Madre de todos los cristianos,
la que me ayuda a obedecer,
la que me enseñó a ser esclavo
de aquel Niño de Belén,
la que siendo yo sevillano
contigo me hice cordobés,
y ahora ya recuerdo
momentos de mi niñez
que mi madre y mi abuela decían
que yo lloré antes de nacer
y los médicos le dijeron
que un don iba a traer
y ese don no era otro
sino la suerte de tener
en este mundo bendito
a dos madres a la vez
una, la que me parió
y la otra eres tú, mi Merced,
por eso donde yo vaya
en mi alma te llevaré
para alabarte en mi corazón
que de ti quedó cautivo,
de ti, de la más bella,
por eso como en un suspiro
que suene este ¡Al Cielo con Ella!
que desde el corazón yo te digo
para ir Madre mía morena
hasta el final...¡Hasta el final Contigo!

He dicho.